



NEBULAE

Domingo Santos

**LA CÁRCEL
DE ACERO**

He aquí una novela excelente sobre un tema caro a la literatura de Fantasía Científica: una inmensa astronave, que la Humanidad ha lanzado rumbo a las estrellas en el primer viaje sideral. Pero el confinamiento en la gran «cárcel de acero» provoca, a la larga, una terrible psicosis de tipo místico y aberrante en los hombres y mujeres prisioneros en el reducido espacio. En aquel nuevo medio, y como defensa subconsciente ante las nuevas condiciones de vida confinada, nace en ellos un sentimiento de culpabilidad, se deforman los fines del viaje y éste se convierte en un castigo impuesto por Dios a los últimos representantes del género humano. Mas entre los representantes de la Segunda Generación de la nave se halla Daniel Hotkings, hijo del Blasfemo (condenado a muerte por haber tratado de volver a la razón a los tripulantes). Daniel, secundado por la joven y bella Virginia y luego por otros jóvenes, lucha contra las tinieblas del error y la superstición, impuesta por el Rector y su cónclave, haciendo que al fin la Verdad resplandezca.

Índice de contenido

Cubierta

La cárcel de acero

Primera parte: La Leyenda

Segunda parte: El Manuscrito

Tercera parte: La Verdad

Cuarta parte: La Rebelión

Quinta parte: La Victoria

El mundo estaba sujeto a la hoguera de la más espantosa de las guerras. Era aquélla una guerra sin ejércitos, sin frentes de batalla, sin trincheras: una guerra en la que lo único que importaba era eliminar totalmente al enemigo antes de ser eliminado por él. La furia del mundo estaba desatada, y nada ni nadie podía ya contenerla. El fin estaba próximo; no quedaba ninguna esperanza. En aquella época fue cuando una nave partió de la Tierra, rumbo a las estrellas.

PRIMERA PARTE

LA LEYENDA

I

Daniel Hotkings nunca pudo creer que el simple hecho de dormirse en la clase de Perfección hubiera podido llegar a traer tantas y tales consecuencias.

Y, sin embargo, así fue. Él sabía que la cosa en sí no era demasiado importante. La noche anterior había tardado en conciliar el sueño, y no se encontraba del todo bien. La clase de Perfección en sí era pesada, y la voz del profesor Quesnay se hacía larga, monótona. Explicaba los capítulos de la Leyenda lentamente, como paladeando todas las palabras. Y su voz, empalagosa, parecía pegarse en todas partes, en la pared, en las sillas, en los mismos oyentes, trayendo consigo un bagaje de lasitud, de pesadez, de sueño.

—... y Dios, alzando su poderoso mano, ordenó que se elevara, y el Pueblo Escogido huyó para siempre de la Maldad y del Odio, del Caos y del Terror, de la Destrucción y de la Muerte, para alejarse por el camino de la Expiación hacia la Eterna Felicidad, en pos de la Suprema Perfección...

Apenas oía las palabras que dejaba caer el profesor. El sueño, el cansancio y el aburrimiento iban marcando el compás de las monótonas frases del maestro, y hacían que apenas pudiera retener el peso de los párpados, pugnando inútilmente por mantenerlos abiertos.

Pero no debía dormirse. Sabía que no debía hacerlo, a pesar de que todo su ser se inclinaba hacia el sueño. Recordaba lo que le pasó a Roky hacía algún tiempo por dormirse en la clase de Perfección, y todavía sentía una extraña sensación al recordararlo. No, aquello iba contra las Leyes del Pueblo Escogido. Nadie debía poner trabas al camino de su Perfección. Estaba prohibido.

—El Gran Profeta murió, pero su semilla quedó para siempre prendida en los corazones...

Una débil sonrisa vagó por sus labios oyendo aquellas palabras. «*Su semilla quedó prendida en los corazones*». Los ojos se le cerraban...

Miró el libro que tenía ante sí, y vio que todavía faltaban cuatro páginas para que terminara la clase. No lo podría resistir.

—... y desde entonces, el Pueblo Escogido vive en la expiación, esperando la fecha en que Dios decida que llegue al Mundo Prometido. Es por eso por lo que debéis expiar vuestras faltas y las de toda la loca Humanidad...

Las palabras fueron haciéndose más débiles, más lejanas en sus oídos, hasta cesar por completo. No se dio cuenta de que, sin desearlo, se quedaba dormido. Una paz infinita invadió su espíritu, y sintió como el descanso descendía bienhechoramente hasta lo más profundo de su ser.

Hasta que un grito resonó en sus oídos despertándolo con brusquedad:

—¡Daniel Hotkings!

Alzó la cabeza sobresaltado, para advertir, a menos de un palmo de distancia del suyo, el magro rostro del profesor Quesnay, más severo que nunca. Se echó hacia atrás. Fue un movimiento instintivo, fruto de la sorpresa. Y el profesor aprovechó aquella aparente ventaja para alzar más la voz, hasta convertirla en un profundo grito:

—¡Inconcebible! ¡Encontrarle dormido en la clase de Perfección! —hizo una pausa, como queriendo recobrar el aliento, y un poco más calmado prosiguió—: Alguien que no sabe mantenerse a tono con su deber, no es digno de permanecer en el Pueblo Escogido. Esto merece un escarmiento. Un escarmiento que quede grabado en los corazones de todos, para que sepan respetar y cumplir la Divina Ley.

Se quedó mirando fijamente al muchacho, y luego, con un grito que hizo retumbar las metálicas paredes, ordenó:

—¡Sígueme! Y vosotros —se dirigió a los demás— idos a vuestras celdas. ¡Sin un comentario!

Daniel quedó momentáneamente desconcertado por aquella orden. Recordaba el caso de Roky, muy similar al suyo. Roky había sido un muchacho al que Quesnay también sorprendió dormido en su clase, y al que hizo azotar como ejemplo delante de sus compañeros. Diez vergajazos, que quedaron señalados en su espalda durante una buena temporada. El caso era el mismo, y el castigo también debía de serlo. Sin embargo, a Roky lo sentenció, ajustició y liberó el propio Quesnay. Y en cambio a él...

Por unos momentos tuvo miedo, un miedo extraño a algo que le era desconocido, y que no supo explicarse, pero que le formó un nudo en la garganta que le atenazó por unos momentos la voz y la respiración.

A pesar de todo, siguió a Quesnay.

* * *

Salieron de la sala cuando ésta hubo quedado despejada de muchachos, y el profesor echó a andar por el pasillo, hasta llegar a una puerta, que conducía a unas dependencias que hicieron que el nudo que aún conservaba en la garganta se hiciera más fuerte y más tenaz.

Detrás de la puerta, Daniel adivinó más que vio un estrecho corredor que daba a una serie de otras puertas que lucían placas de metal cromado. En una de ellas, frente a la cual se detuvieron al fin, la placa rezaba:

SAMUEL KEY
Birrector

El profesor Quesnay se detuvo a un lado y ordeno:
—Llama.

Daniel no dudó. Sabía que, a pesar de todo, tendría que entrar allí dentro, y quiso que Quesnay viera que no tenía miedo. Su pulso no tembló cuando dio dos golpes en la hoja metálica.

Casi sin esperar respuesta, el profesor Quesnay le apartó a un lado y empujó la hoja, al mismo tiempo que decía:

—Profesor Juan Quesnay, en misión de castigo.

Al otro lado de la puerta, una mesa metálica de intenso color negro, sobre la cual se amontonaban algunos papeles, se parapetaba a un hombre de unos cincuenta años, gordo, cuyo abultado estómago se adivinaba tenía que ser de un volumen extraordinario. Al ver a Quesnay se levantó y, mirando a Daniel, preguntó quedamente:

—¿Cuál es la falta cometida por el expectante?

El profesor apartó la vista que tenía fija en el birrector y, mirando a Daniel, expuso extensamente la falta de éste, con acento dramático y gesto compungido. Cuando hubo terminado, Samuel Key volvió a sentarse frente a sus dos visitantes y meditó:

—Efectivamente, aunque la falta en sí no es muy grave —el profesor se agitó, quizá pensando en Roky—, el hecho de ser el hijo del Blasfemo agrava la situación. Merece un fuerte castigo. ¿Cuál opináis que debe ser?

—Señor... —el aludido, cogido por sorpresa, quedó unos momentos desconcertado; no se esperaba la pregunta. Dudó brevemente. Al fin, viendo una posible salida, exclamó—: Vuestras decisiones son siempre acatadas con agrado. Lo dejo en vuestras manos.

—Bien; sí, muy bien —el birrector permaneció pensativo unos instantes—. Que sea azotado ante todo el Pueblo, y que sea cada uno de sus compañeros el que le dé los vergajazos. ¿Cuántos son sus compañeros?

—Sesenta y tres, señor.

—Quizá demasiados. Sortee veinticinco, y que ellos sean los encargados de administrar la justicia. Y mientras espera el cumplimiento de la sentencia, que sea encerrado

en una celda de expiación, y que allí medite sobre sus culpas.

Quesnay asintió con la cabeza, tomó a Daniel del brazo, e hizo una ligera reverencia de despedida. Daniel no le imitó. ¿Para qué?

* * *

La celda de expiación era una cámara completamente desnuda. De forma prismática cuadrangular, su tamaño solamente permitía la estancia de un hombre sentado, o dos de pie. Allí era encerrado el castigado, por el espacio de tiempo que se le hubiera señalado, en completa oscuridad, y sin que pudiera recibir ningún alimento, ninguna visita ni ninguna luz. «*Allí —rezaban las Regias—, sólo con sus pensamientos y con sus errores, expiará su culpa y se arrepentirá de todos sus pecados*». Y allí, sólo con sus pensamientos y con sus errores, Daniel Hotkings, miembro expectante del Pueblo Escogido, se puso a meditar.

Se sentó en el suelo, apoyando los pies en la pared frontera de la celda. La oscuridad a su alrededor era completa, y el silencio absoluto. Y aquello hacía aún más acusada su situación.

Apoyó la cabeza entre las manos, con los codos sobre las rodillas, y miró fijamente frente a sí. Los ojos no tardaron en sugerirle imágenes absurdas, manchas movibles y rodantes, y todo este cúmulo de visiones que se advierten cuando se mira fijamente un punto en la oscuridad. Y en estas condiciones, se puso a meditar.

De todas las palabras que había oído en los últimos instantes una sola frase había quedado grabada en su memoria: «*El hecho de ser el hijo del Blasfemo agrava la situación*». Hijo del Blasfemo. *Hijo del Blasfemo*. Aquellas tres palabras eran las que más veces había oído y mejor recordaba en su vida. Hijo del Blasfemo.

Daniel Hotkings apenas conocía nada de su padre; cuando murió, él apenas tenía cinco años, Sin embargo, a su alrededor, a medida que fue creciendo, todo el mundo se preocupó de explicarle su historia. Su padre había intentado rebelarse. Su padre había profanado la Religión, su padre había intentado sembrar la discordia entre al Pueblo Escogido. Su padre era un Blasfemo.

Poco a poco, a medida que iba transcurriendo el tiempo, había conseguido enterarse por completo de la historia. Su padre había intentado destruir la Religión, la Leyenda. En medio del Consejo Anual de Expiación, había intentado promover un escándalo, había intentado amotinar al Pueblo Escogido acusando al Profeta de embustero y de falsario. Pero había fracasado, y había tenido que huir. La gente lo había buscado hasta encontrarlo, y había sido hecho prisionero. Había pasado un período de Expiación en la celda, y después había sido intimado a confesarse él mismo Renegado, Traidor y Blasfemo. Se había negado. Y había sido condenado a ser azotado hasta su muerte.

Así había muerto su padre, cuando él tenía apenas cinco años. Y desde entonces, su padre había sido considerado como un Blasfemo. *El Blasfemo*. Por no creer en la Religión ni en la Leyenda.

Se apoyó en la fría pared de la celda, y cerró los ojos para no continuar viendo la oscuridad. Desde los dieciséis años, cuando pasó a formar parte de los Expectantes, había oído llamarse más veces por Hijo del Blasfemo que como Daniel Hotkings. El rector había dictaminado, al ejercer justicia sobre su padre, que su mujer y su hijo no tenían ninguna culpa de su desviación, y que seguían formando parte del Pueblo Escogido. Pero a pesar de esto siempre habían sido distintos. Los maestros le encargaban a él las peores tareas, era siempre considerado inferiormente a todos sus compañeros. Y todo ello por ser el hijo del Blasfemo.

¿Había sido aquello precisamente lo que había formado su escepticismo y su no creencia en la Religión?

No lo sabía. Él mismo tenía que reconocer que no lo sabía. Lo único que sí sabía con certeza era que él era un esceptico. Y que no sentía el menor remordimiento por ello.

De repente le pareció oír un ruido, y abrió los ojos. La oscuridad seguía con su intensidad habitual. Miró en todas direcciones sin ver nada. No, no había sido ningún ruido. Habían sido sus propios pensamientos. Se había engañado.

Volvió a sus meditaciones. La cosa no tenía vuelta de hoja, se dijo. El castigo había sido bien claro. Por dormirse en la clase de perfección, por faltar a sus deberes de expectante, había sido castigado a pasar unas horas allí, y luego...

Sus pensamientos se detuvieron en aquel punto unos momentos. Hasta entonces no había pensado en ningún momento en la segunda parte del castigo. Veinticinco vergajazos dados por veinticinco de sus propios compañeros. ¿Por qué aquel castigo? ¿Por qué ante todo el Pueblo Escogido? ¿Por ser hijo del Blasfemo? ¿Por haberse dormido en la clase de Perfección?

Movió lentamente la cabeza. Por más vueltas que le diera al asunto siempre se encontraría en el mismo lugar. Era un círculo vicioso. Hijo del Blasfemo, por dormirse en la clase de Perfección... Era un motivo fútil, sin apenas trascendencia. Pero que se había convertido en una gran falta. ¿Por qué motivo?

Pensó en Roky. A él también le castigaron por el mismo motivo. Diez vergajazos. Y dormirse no es una falta tan grave. O quizá sí...

De pequeño le habían llamado la atención algunas tendencias y decisiones extrañas adoptadas por los rectores de la justicia en el Pueblo Escogido. Recordaba que, a los dieciséis años, cuando pasó a pertenecer a los Expectantes, el propio rector, el «iluminado», como se le llamaba, les dirigió una exhortación de apertura...

Su mente se trasladó a aquellos tiempos. La sala se encontraba completamente llena de muchachos que, como

él, iban a formar parte de los Expectantes. Muchachos que, al igual que él, esperaban con curiosidad que el rector les hablara de la Religión, de la Leyenda, de las Reglas de Expiación, y de todas aquellas demás cosas maravillosas que les habían estado vedadas hasta aquel momento. Cosas de las cuales los mayores dejaban de hablar cuando pasaban ellos, porque todavía no podían oírlos; cosas, en suma, que habían despertado la curiosidad en sus jóvenes corazones, ansiosos de conocer lo que hasta entonces había estado oculto para ellos, siguiendo este natural impulso de la naturaleza que nos impele a avanzar en nuestros conocimientos, a llegar siempre más allá de ellos.

El rector era un hombre más bien delgado, alto, de rostro severo que dejaba traslucir en todas sus palabras y en todos sus gestos la dignidad y la majestuosidad de las personas habituadas a ocupar el más alto puesto. Porque el rector era la máxima autoridad del Pueblo Escogido, al que solamente se le invocaba en los asuntos de máxima gravedad y trascendencia. Era el directo sucesor de Verriman, el Profeta, y a él, como sobrenombre religioso, se le había otorgado el de «el Iluminado», ya que, según las Reglas, *«tenía poder supremo de Dios de hacer y deshacer todo lo referente a la Religión y a la Leyenda, según inspiración divina»*.

Cada año, cuando los Expectantes iban a recibir su iniciación, se trasladaban al Gran Salón, donde el rector les hablaba durante largo rato, iniciándoles en los misterios de la Religión y de la Leyenda.

Pero en aquella ocasión sucedió algo desusado. Había empezado apenas el rector su discurso, cuando malhadadamente uno de los Expectantes sintió de repente imperiosos deseos de vomitar. Intentó contenerse, resistir, pero los impulsos eran mayores que él. Vio que no podía decir nada, estaba prohibido interrumpir al rector cuando hablaba, y que tampoco podría aguantar hasta el final. Por eso se levantó y, sin decir palabra e intentando contener los movi-

mientos de su estómago, se dirigió presurosamente hacia la salida.

El rector, que estaba embebido en su discurso, se detuvo unos momentos al ver levantarse al muchacho. Frunció el ceño en señal de desagrado, pero prosiguió hablando. El birrector, que se encontraba a su lado, actuó de otro modo. Se levantó casi al mismo tiempo que el muchacho y, sin decir tampoco ni una palabra, avanzó hacia la salida y le cortó el paso. Y entonces todos los allí presentes pudieron por primera vez en sus vidas contemplar la extraña justicia del Pueblo Escogido. El birrector le preguntó en voz baja al muchacho los motivos de su acción. El Expectante intentó responder, decir algo, pero los accesos llegaron en aquel momento a su punto máximo, y no pudo contenerse más. Fue superior a sus fuerzas. Vomitó. Con tan mala fortuna, que volcó todo el contenido de su estómago sobre la persona del hombre que tenía ante sí. Tal vez si no hubiera ocurrido este último incidente, el asunto no hubiera revestido ningún carácter anormal, y el muchacho sólo hubiera recibido un castigo liviano. Pero lo ocurrido fue demasiado grave, y el infractor fue castigado severamente, expulsándolo del Pueblo Escogido. Una vez dictada sentencia, cosa que no ocupó más allá de quince minutos, el castigado fue llevado a la cámara especial donde se encontraban encerrados los Desterrados, de donde no volvió a salir más. Los Desterrados permanecían toda su vida allí, cuidando directamente de los animales, de las plantas y de los cultivos, sin que pudieran salir jamás del recinto donde estaban confinados. Aquél era su castigo: no volver a reunirse con el Pueblo Escogido, no volver a participar en las ceremonias de Expiación de la Humanidad. Y cuando morían, sus almas eran condenadas eternamente, sin ningún derecho a la salvación. Nadie volvió a ver en el Pueblo Escogido al muchacho que, en un acceso, había vomitado sobre la figura del birrector.

Daniel recordaba todo aquello, y se decía que la justicia del Pueblo Escogido era extraña, sumamente extraña. No la comprendía. Y, sin embargo, todo el mundo la acataba. Incluso él.

Volvió a cerrar los ojos, y de nuevo se puso a meditar. Su mente siguió trazando círculos viciosos. El Pueblo Escogido, dormirse en la clase de Perfección, el hijo del Blasfemo, veinticinco vergajazos. Expiación... La cabeza empezó a pesarle. Sin embargo, siguió pensando. Hasta que, inconscientemente, sin darse cuenta, sus ojos se cerraron y volvió a quedarse dormido.